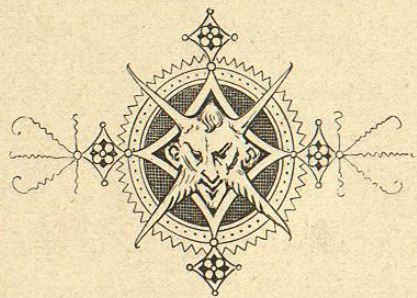


Antes de entrar en la exposición de los hechos que debían producir la caída de Napoleón, creemos llegado el momento de lanzar una ojeada sobre el estado intelectual de Francia en un período en que la guerra ha tenido tanta y tanta importancia, pero que llama también la atención por el esplendor de las letras, las artes y las ciencias.



CAPITULO VIII

LAS LETRAS EN TIEMPO DE NAPOLEÓN

ERUDICIÓN. — ARQUEOLOGÍA. — HISTORIA.
FILOSOFÍA. — ECONOMÍA SOCIAL. — JURISPRUDENCIA. — CRÍTICA. — POESÍA. — TEATRO.
NOVELA. — EL ROMANTICISMO EN EL CONSULADO Y EL IMPERIO.

OJEADA SOBRE EL ESTADO INTELECTUAL EN LA ÉPOCA DE NAPOLEÓN



El período comprendido entre 1789 y 1815 parece dedicado por completo á los excesos de los partidos políticos y á las cruentas luchas de la guerra civil ó extranjera, *ferrea jura, insanumque forum*. Y, sin embargo, es uno de los períodos que con más razón merecen ocupar un lugar preferente en la historia del progreso intelectual. En el orden científico, aparecieron la mayoría de los inventos y de las teorías generales que en lo restante del siglo se han desarrollado aplicándolas en la práctica, sin agregar apenas ningún principio nuevo: la geometría descriptiva de Monge, la mecánica analítica de Lagrange, la mecánica celeste de Laplace, la nueva geometría de Poinsot y Carnot; los trabajos de Cuvier, Jussieu, Geoffroy Saint-Hilaire y Lamarck en historia natural; en física, la pila de Volta, la locomotora, el gas del alumbrado, los buques de vapor, las

primeras tentativas de la telegrafía eléctrica, el descubrimiento de la polarización por Malus, el de las interferencias por Tomás Young; en química, la invención de la soda artificial por Leblanc, los trabajos de Berzelius, Davy y Berthollet. La historia del arte presenta también hechos importantísimos: entonces se presenta con Carstens y sus discípulos la segunda escuela alemana, que dió á la patria de Alberto Durero, de Lucas Kranach y de Holbein una gloria que no había alcanzado desde la Reforma. Las escuelas de Dresde, Munich, Dusseldorf y Berlín empiezan á despuntar con los pintores Cornelius y Begas y los arquitectos Leon de Klenze y Schinckel. Pocos nombres célebres podía presentar hasta entonces Alemania en escultura, pero ahora este arte, que parecía privilegio exclusivo de la raza latina, adquiere un desarrollo imprevisto con Dannecker, Schadow, Tiech, Rauch, Thordvaldsen y otros que no tardaron en hacerse célebres.

La pintura inglesa en esta época, siguiendo las tradiciones de Reynolds y de Gainsborough, justifica sus pretensiones de escuela independiente con West, Lawrence, Opie, Wilkie, Romney, y principalmente con sus paisagistas Crome, Constable, Turner, etc. No contenta con esto, influye á su vez en el continente esparciendo el sentimiento de la naturaleza, estimada en toda su sencillez y por su propio valer. También presenta un gran escultor cuya fama se ha hecho europea: Flaxmann. Italia adoptó las teorías artísticas de Francia; al morir Pompeyo Battoni, legó su paleta al joven David. Camuccini y Appiani siguieron las huellas de aquel á quien Battoni designó como maestro del arte, pero Italia sobresale principalmente por sus escultores Canova y Bartolini, Tenerani tenía sólo treinta años en 1815. España, á pesar de su decadencia, puede enorgullecerse del pintor Goya y del escultor Álvarez.

Francia, sin embargo, ocupa sin disputa el lugar preferente con David y su escuela; pero el arte francés no es tan exclusivista como parece indicarlo la preponderancia de David, preponderancia menos imperiosa por cierto que la de Lebrún en tiempo de Luis XIV. Basta recordar el colosal éxito alcanzado por Gros y Prudhon; la pintura de género, de animales, de paisaje y flores ocupa también sitio distinguido en esta escuela; además, antes de 1815 empieza á despuntar en las artes una escuela nueva, que si bien puede producir

obras de mayor tamaño, no dará nada superior al *Húsar acuchillando* de Gericault.

Respecto á la música, si bien Mozart murió en el momento en que Bonaparte empezaba á figurar, Haydn prosiguió su gloriosa ancianidad, y Beethoven produjo, antes de caer Bonaparte, las obras que le dieron el primer lugar entre los músicos y que él mismo no



Monumento de la reina Luisa de Prusia, en Berlin. (Obra escultórica de Rauch)

llegó ya á sobrepujar (1); á su alrededor se agrupa una generación digna de tales modelos: Kozeluch, Wranitsky, Weigl, Neukomm, predilecto discípulo de Haydn, el abate Vogler y sus discípulos: Weber, Pedro de Winter, Meyerbeer (2) y Steibelt, etc. No bastaron estos genios superiores ni todos estos artistas distinguidos para arrebatár á

(1) *Sinfonías heroicas* (1805) y *en do menor* (1808), *pastoral* (1809), *Leonora* (1803), convertida en *Fidelio* (1814). Ditters de Didersdorf murió en 1796 y Naumann en 1831.

(2) Meyerbeer (1794-1864), nombrado á la edad de diez y siete años maestro compositor de la corte de Hesse-Darmstadt, había compuesto ya mucha música religiosa, y un oratorio titulado *Dios y la Naturaleza*, cuando se dedicó al teatro con *La hija de Jefe* (1812) y *Abimelech* (1813).

Italia su hegemonía musical, pues en ella florecían á la sazón Cimarosa (muerto en 1805), Paisiello (en 1816) y Salieri (en 1825), sin contar á Zingarelli, Guglielmi (murió en 1804), etc. Cherubini y Spontini se hallaban en el apogeo de su gloria; Rossini, á la edad de veintiún años, hizo representar en 1813 su décima ópera *Tancredo*, que afirma las nuevas tendencias y marca de una manera clara el primer estilo de este genio prodigiosamente flexible, que pasando por el *Otelo*, la *Semiramis* y el *Moisés*, debía llegar al *Guillermo Tell*. Cherubini y Spontini, como Rossini, son dos glorias casi francesas. Los músicos franceses de esta época, demasiado olvidados, ó por mejor decir, olvidados principalmente por sus compatriotas, seguramente nada tienen que llame la atención.

En la literatura propiamente dicha, Francia, que cuenta con un Chateaubriand, un J. de Maistre y una Stael, no puede competir con Alemania ó Inglaterra. Fijándonos únicamente en los rasgos más culminantes de la última, vemos que la oratoria política llega en ella á su apogeo con Fox, Shéridan, Pitt y Burke; la poesía, por otra parte, siguiendo el camino que le acababa de abrir Cowper ó emprendiendo de nuevo en parte la tradición shakespeariana, renace con Wordsworth, Crabbe, Southey y, principalmente, Byron, cuya *Peregrinación de Childe-Harold* (1811) le coloca ya á la cabeza de los poetas de su época. Nunca había brillado la literatura en Alemania con tanto esplendor, pudiéndose decir que el principio del siglo decimonono es para ella su período clásico. Klopstock y algunos otros sobrevivientes á las primeras luchas que dieron vida á la nueva literatura alemana, presencian los incontestables triunfos de la generación que les siguió, en la que sobresalen los nombres de dos rivales de gloria, no por esto amigos menos fieles: Goethe y Schiller.

Alemania alcanza á la sazón la hegemonía en la filosofía. Kant, el nuevo Descartes, levanta de nuevo el estandarte de la metafísica y del espiritualismo, que no había sido abatido por completo aun en la misma Francia en el siglo XVIII, aunque parecía haber cedido ante otras doctrinas más deslumbradoras, y pudo morir con la seguridad de haber resucitado la antigua y veneranda tradición filosófica. Schelling, Hégel, Fichte, eran ya célebres en las universidades y muy pronto sus doctrinas iban á extenderse por toda Europa, obscure-

ciendo casi por completo los trabajos dignos de loa, pero un tanto vulgares, de la escuela psicológica de los filósofos escoceses, cuya omisión, en una reseña del movimiento filosófico de la época, por sucinta que sea, resultaría injusta. En erudición, Alemania y Francia se disputan aún la supremacía, que más adelante alcanzó la primera, aunque sin dejar muy rezagada á su rival. El gobierno francés protegía el talento donde quiera que se manifestaba: Napoleón condecoró con la Legión de Honor á Goethe y á Wieland, encargó su estatua á



Las artes. El estudio. La música. El honor. La industria.
Estatuas alegóricas que coronaban las columnas erigidas en la plaza del Ayuntamiento con motivo de las fiestas del matrimonio de Napoleón y María Luisa (obra de Prud'hon)

Canova, su busto á Thorwaldsen, así como el famoso friso del *Triunfo de Alejandro*, hoy en la quinta Sommaviva, en el lago de Como, y confió diversos trabajos á todos los artistas italianos de alguna nombradía. El rey Jerónimo trató en Cassel con suma distinción á Juan de Muller y trabajó para atraer á Beethoven á su partido. En Florencia, la princesa Elisa protegió, entre otros, al historiador Micali. Bilderdyk, el literato holandés más distinguido de aquella época, gozó de gran favor con Luis Bonaparte.

Tras esta rápida ojeada sobre el estado intelectual de Europa durante el período napoleónico, vamos á limitarnos ya á Francia.